

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Dos idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

SUIZA.

PRINCIPADO DE NEUFCHATEL.—SERRIERES.

Al presentar junto á este artículo la lámina que manifiesta el hermoso puente de Serrieres,



Puente de Serrieres.

solo deseamos llamar la atencion hácia este hermoso monumento, sin hablar por ahora de la historia del canton de Neufchatel.

La particular situacion de este canton, medio suizo y medio prusiano, le da grande importancia y merece que de él se haga un estudio especial. En adelante echaremos una ojeada á esa corte de Berlin, que no obstante la desventaja que deben darla asi la novedad de su origen como la estraña configuracion de sus dominios, ha alcanzado á representar tan gran papel en Alemania.

Es Serrieres uno de los puntos mas animados de la Suiza. Al pie de una concavidad que se ensancha por la parte que mira al lago, del que á lo mas dista solo un cuarto de legua, brota un manantial en infinitos chorros, notables por la abundancia de sus aguas, y por el sin número de ruedas y molinos, fraguas y otras máquinas á que comunican su accion como potencia motriz. La constante diafanidad de la corriente y su volumen casi siempre igual, son prueba de que existe un gran depósito profundo y distante: á esta corriente llaman el Serrieres.

El camino que va de Neufchatel al pais de Vaud, recorre la costa en direccion paralela á la ribera del lago: al llegar al rio Serrieres era preciso dar un rodeo por la parte del lago para lle-

gar por una rápida pendiente cerca de la desembocadura del rio, el cual se atraviesa por dos puentes subiendo otra vez tanto como se ha descendido. Semejante rodeo, siempre fatigoso por cualquier lado que se emprenda, y ademas peligroso en caso de encuentro, hacia deseable que se continuase directamente el camino por medio de un puente de comunicacion desde una á otra de las escarpadas riberas del Serrieres. El magistrado de Neufchatel formaba este proyecto, ocupándose en él por diferentes veces, aunque sin tomar una resolucion definitiva, cuando en 1807, un decreto de Alejandro Berthier, á la sazón príncipe de Neufchatel, decidió la empresa, que se ejecutó y terminó en el espacio de dos años, conforme al plan de Mr. Ceard, hábil ingeniero de puentes y calzadas de Francia, coronando la obra el mejor éxito deseable. El puente de Serrieres fué muy alabado por

fort, temiendo algun motin por la fermentacion que reinaba en el pueblo, prombió que los habitantes fuesen armados á la romería.

Los franceses, que estaban de guarnicion en la ciudad, y fueron los encargados de velar en el cumplimiento de esta orden, creyeron que la prohibicion se estendia lo mismo á uno que á otro sexo, y á pretexto de asegurarse de que no llevaban armas escondidas debajo de los vestidos, cometieron varias tropelías con algunas mugeres.

Uno de ellos se dirigió á registrar á una señora de calidad, y los sicilianos indignados, mataron al insolente á pedradas. Sus compañeros salen á su defensa, y el tumulto se hace general. Corren á Palermo, gritando á las armas contra los franceses, y los que encuentran en las calles son asesinados. La guarnicion es sorprendida y pasada á cuchillo en la ciudadela. El motin se estendió rápidamente á todas las ciudades vecinas.

Este es el hecho histórico: en él no se hace mencion de Prócida, á quien se supone jefe de esta conjuracion. Tambien es creencia muy generalizada que la matanza llamada vulgarmente las *visperas sicilianas*, se hizo en un dia y á una misma hora en toda la Sicilia, al toque de visperas; pero la insurreccion de Sicilia no fué una conjuracion, no tuvo conjurados, no fué un plan concertado para ejecutarse en un dia en todas partes aguardando una señal; fué la explosion unánime y tumultuosa de venganza de un pueblo oprimido, como son todas las insurrecciones que hacen los pueblos contra los gobiernos que los oprimen. Ahora he aquí el argumento de la ópera.

I.

En una hermosa tarde del mes de marzo, los soldados franceses de guarnicion en Palermo, se entretienen en beber y jugar á la puerta del cuerpo de guardia del palacio del gobernador.

—Brindo por Guy de Montfort, virey de Nápoles, por el hombre mas valiente y esforzado en los combates, dice Thibault, soldado francés de la guardia del gobernador.

—Y por el gobernador que permite todo á sus soldados, contesta Robert.

El gobernador ha dicho, continúa Robert, que en Palermo todo nos pertenece, y sino que lo digan nuestros oficiales, el conde Vaudemont y el señor Bethune, y al mismo tiempo se levanta tambaleándose para salir al encuentro de los dos oficiales. ¿No es verdad que todo es nuestro en Palermo por derecho de conquista, mi oficial?

—Antes de contestarte mantente en pie, pues veo que el vino comienza á hacer su efecto, contestó Bethune. Si, todo os pertenece, si lo queréis tomar.

—¿Y las mugeres tambien?

—Lo mismo, si ellas quieren.

—Pues lo que es yo, por mi parte las quiero á todas.

—Pero cuidado con los maridos.

—¡El vencedor no parte con nadie, mi capitán!

A este punto llega la conversacion, cuando se presenta en la plaza la duquesa Elena, vestida de negro, con el libro de oracion en la mano, y seguida de Nineta, su camarera, y Danteli, uno de los sicilianos que están á su servicio. Todos los sicilianos que están en la plaza descubren sus cabezas respetuosamente al pasar la duquesa. Vaudemont se dirige á Bethune y le pregunta quién es aquella bella desconocida.

—Es la duquesa Elena, le contesta, que nues-

LAS VISPERAS SICILIANAS.

Ahora que va á ponerse en escena en el Teatro Real esta ópera, nos parece oportuna la publicacion del siguiente artículo que reasume todo su argumento.

He aquí el hecho histórico que le sirve de base, tal como lo refiere Fazelli, historiador siciliano, y Giannone y Muratori, napolitanos.

Era costumbre en Palermo elir todos los años el último dia de las fiestas de Pascua, y á la hora de visperas, en romería á visitar la capilla del Spiritu Santo, situada á seiscientos pasos de la ciudad.

En el año de 1282 se celebró esta fiesta el 31 de marzo. Los habitantes de Palermo asistieron segun su antigua costumbre, á la hora de visperas á la capilla. El gobernador Guy de Mont-

tro gefe tiene en rehencs desde que murió su hermano Federico.

—El amigo de Coradino, cuyas cabezas dividió la cuchilla del verdugo.

—Hoy precisamente es su aniversario, y sin duda viene de la iglesia de rogar por su hermano.

—Y de pedir al cielo que caiga su sangre sobre nuestras cabezas.

—Tienes razon, nuestro gefe fué muy cruel.

La duquesa Elena mientras tanto se para á saludar á los sicilianos, que con el mayor respeto la preguntan por el estado de su salud, debilitada por los trabajos y las persecuciones. Robert al verla, se dirige á ella medio cayéndose por la borrachera, y con bruscos y groseros modales la pide que cante una cancion para alegrar la monotonía de la guardia. Nineta y Danieli se interponen con indignacion entre Robert y la duquesa. Elena los aparta con la mano y empieza una cancion triste y lastimera. El pueblo, al ver el ultrage y la condescendencia de la duquesa, se anima, y al echar mano á sus puñales para vengar la afrenta, el gobernador Montfort se asoma á la puerta de su palacio. A su vista las masas huyen, y solo queda en la plaza la duquesa Elena y su fiel camarera Nineta.

—¡Raza débil y miserable! esclama Montfort, huyes á mi vista y abandonas tu ídolo, tiembla á mi furor.

Enrique, jóven siciliano, que habia estado preso, se dirige á la duquesa: ésta da un grito al verle y esclama:

—¡Enrique, tú aquí!

—Mis jueces me han absuelto, me han hecho justicia.

—Por mi clemencia, y obediendo á mis órdenes, dijo Montfort sonriéndose y tocándole en la espalda.

—Mientes, dijo Enrique con furor.

—Silencio, imprudente, contesta Elena.

—Y bien, solos estamos, cumple tu promesa asesinandome, ¿no era ese el complot? dijo Montfort, y al mismo tiempo hace seña á Elena para que entre en el palacio. Enrique, sin contestar, va á seguir á Elena, pero Montfort le detiene.

—¿Cuál es tu nombre?

—Enrique.

—¿No tienes otro?

—No: pero espero adquirir uno muriendo por mi patria.

—¿Y tu padre?

—No lo sé; jamás he oido hablar de él, creo que proscrito y desterrado habrá acabado lejos de mí y de su patria su desgraciada vida, solo sé que por él fui colocado en casa del valiente duque Federico.

—¿Del rebelde?

—Del mártir, del noble, del héroe querreis decir, replica Enrique con arrogancia. El honor guió mis primeros pasos; por su honor y por el mio moriré!

—Debía castigar tu audacia, pero compadezco tu poca edad.

—Lo siento, dijo Enrique con indignacion.

—Yo te abriré el camino de la gloria, sigue mis banderas, verás como tu esfuerzo y tu valor pronto te ofrecen titulos, honores y gloria.

—¿Yo servir á mis verdugos, á los verdugos del duque Federico?

—Huye de la duquesa Elena y te ofrezco mi proteccion.

—¡Nunca, jamás!

—Teme mi furor y mi cólera.

—Pues bien, lo desafio todo, no te temo, mi vida por una sola gota de su sangre.

II.

En un pintoresco valle, donde por un lado se ve un azulado lago, y por otro la ermita de Santa Rosalia, un jóven llamado Prócida, rodeado de conjurados, acuerda con ellos el modo de dar libertad á Sicilia, cuando la duquesa Elena y Enrique se presentan á su vista.

—Os esperábamos, duquesa, y á vos tambien, Enrique, dice Prócida dirigiéndose á su encuentro.

—¿Qué habeis hecho, Prócida?

—He recorrido la España sin conseguir mi ob-

jeto, solo el rey don Pedro de Aragon nos prestará su auxilio en el momento en que se subleve en masa toda la Sicilia.

—¿Contais con los sicilianos?

—Señora, haremos yo y estos valientes que me rodean todo lo posible para exaltar sus ánimos y escitarlos á la venganza. Hoy en la fiesta pensamos que estalle un tumulto, pero necesitamos un brazo fuerte y decidido que dé el golpe, y para eso os he hemos escogido, Enrique.

—¡A mí!

—Si, á vos, cuyo corazon fuerte y valeroso conocemos, á vuestro heroismo confiamos todos los buenos sicilianos la salvacion de nuestra patria. ¿Acceptais?

—Si, y juro por mi honor morir ó vencer.

—Ahora, amigos míos, dice Prócida á los conjurados, cada uno á su puesto y esperad la seña.

Todos los conjurados se disperan por diferentes lados, dejando solos á la duquesa y á Enrique.

—¿Cómo podré pagaros, Enrique, tanta abnegacion por mi causa? dice la duquesa.

—Señora, mi vida os pertenece, vuestra causa es la mia, creo que no me faltará valor para llevarla á cabo, me habeis visto arrogante y sin temor delante del tirano, empero al acercarme á vos no sé lo que siento, tiemblo como un niño, ¡os amo tanto, señora! Perdonad esta confesion que os hago tal vez al borde del sepulcro.

—¿Qué oigo, Enrique!

—La verdad, señora, solo, sin familia, sin nombre, sin gerarquía, sin riqueza, el pobre huérfano todo lo sacrificaria por vos si lo tuviese. Solo dispongo de mi vida, y esa os pertenece hace ya mucho tiempo.

—Pues bien, Enrique, vengad á mi hermano y sereis á mis ojos tanto como un rey.

—Os lo juro, señora.

—Juradlo ante Dios.

—¡Ante vos, Elena, que sois mi dios, mi vida, mi felicidad, mi todo!

Este coloquio es interrumpido por la llegada del capitán Bethune acompañado de varios soldados, el que se dirige á Enrique presentándole un pliego cerrado con el sello del gobernador.

—El virey gobernador, Guy de Montfort, me encarga os entregue este pliego y espero contestacion.

—¿Para mí? dice Enrique admirado, tomando el pliego y leyéndolo rápidamente. Es una invitacion para que vaya á su palacio. Decidle de mi parte que no quiero ir.

—¿Cómo, rehusais semejante favor?

—Si, lo rehuso.

—Pues entonces nos veremos en la precision de haceros ir á la fuerza.

—¿Cómo? exclamó Enrique lleno de cólera y echando mano á su espada, veremos quién se atreve á tocarme!

A una seña de Bethune los soldados se apoderan de Enrique, lo desarman y se lo llevan.

—¿Qué haceis? esclama sorprendida la duquesa.

—Cumpro con mi deber, dice Bethune encojiéndose de hombros y alejándose.

Prócida llega en el momento en que la duquesa Elena va á desmayarse.

—¿Qué teneis, señora? dice Prócida sosteniéndola.

Los soldados de la guardia se llevan á nuestro amigo Enrique.

—Nuestro plan está destruido, dice Prócida, pero aun me queda la esperanza de que hoy en la fiesta estalle la insurreccion, y podremos recuperar á nuestro amigo Enrique. Retirémonos á un lado, duquesa, la fiesta va á empezar y pueden observarnos.

Varios grupos de sicilianos y sicilianas empiezan á llenar la plazuela de la ermita. La alegre *tarantela* resuena cada vez mas cerca, y las jóvenes esperan con impaciencia la llegada de los músicos. Estos no se hacen aguardar mucho tiempo, y se colocan en unos bancos preparados al objeto. El baile empieza y las sicilianas se lanzan á él con ardor. El redoble de un tambor se deja oír, y los sicilianos suspenden su baile. Es Thibault con su compañía.

—No suspender el baile, y vosotros, dice á sus soldados, romped filas y tomad parte en la diversion.

Sicilianos, sicilianas y soldados empiezan otra vez el baile con alegría.

A una seña del capitán los soldados se arrojan sobre las sicilianas, las cogen en sus brazos y huyen hácia la ciudad. Robert quiere echarse sobre Elena, pero Prócida y Danieli se preparan á defenderla.

—No tengas cuidado, doctor, esa es para tí, yo me llevo su camarera, y cogiendo á Nineta en sus brazos huye con los demas soldados franceses.

Los sicilianos, sorprendidos por el brusco ataque de los soldados franceses, sacan sus puñales, y se preparan á perseguirlos cuando Prócida los detiene.

—Juremos, sicilianos, vengar nuestra afrenta, ¡ni uno solo ha de quedar con vida!

—¡Lo juramos! repiten todos blandiendo sus puñales.

—Pues cada uno á su puesto, y esperad la seña. Sigilo y confianza...

La plazuela de la ermita queda sola. Las luces de la fiesta han desaparecido, solo de cuando en cuando se ven surcar al azulado lago lanchas empavesadas que llevan á las nobles sicilianas acompañadas de oficiales franceses á la fiesta del palacio. Mientras el pueblo devora en silencio sus ultrages, los franceses y las nobles sicilianas van á apurar la copa del placer en el palacio del tirano de la Sicilia, Guy de Montfort.

III.

En un gabinete profusamente adornado al gusto de la época, el virey Guy de Montfort, sentado en un sillón en cuyo respaldar se ven las armas de Palermo, lee con marcada emocion un pliego que poco antes le ha entregado un arquero.

—¿Si habré leído mal? no, esto dice este papel.

«Verdugo de la Sicilia, no toques á Enrique, porque es inocente; derramando su sangre derramarías la tuya propia; es tu hijo!»

—Bien me lo decia el corazon, esclama conmovido, por eso admiraba su audacia, por eso cuando debía castigarle, una fuerza sobrenatural me lo impedia.

—Señor, dice Bethune al entrar en el gabinete, el jóven que nos habeis mandado buscar se ha resistido, no queria venir, pero mis arqueros, cumpliendo vuestras órdenes lo han traído. Ahí está: ¿qué castigo quereis que se le imponga?

—Ninguno. Mandad que en palacio se le trate con toda consideracion; id pronto, que nada le falte, que todos le obedezcan.

¡Soy feliz, he encontrado á mi hijo! esclama al quedarse solo.

La puerta se entreabre y aparece Enrique.

—¡Disimula, corazon, si es que puedes, tu alegría! esclama Montfort al verle entrar. ¿No querias venir? dice dirigiéndose á Enrique.

—No, y lo que me maravilla es ver que en lugar de un castigo que yo esperaba, todos me obedecen, todos me saludan con respeto. ¿Qué es esto? esplicádmelo, por favor. ¿Es una burla; ó qué es?

—Es el modo con que Guy de Montfort se porta con sus enemigos; ¿no querias asesinarle? aquí me tienes, solo, sin armas. Tiembas, ¿qué te pasa? La puerta está cerrada, vengate de mí.

Un frio sudor corre por la frente de Enrique, que está confuso, sin saber qué hacer; habia deseado muchas veces verse cara á cara con el asesino del duque Federico, y sin embargo, en el momento en que puede ejecutar sus proyectos, su mano tiembla, no se atreve...

—¿Reconoces la letra de tu madre? dijo Montfort sacando un papel de su escarcela.

—Si.

—Pues toma y lee, y al mismo tiempo le entrega un papel.

—¡Ah! ¡sois mi padre! dice cayendo desfallecido en el sillón, he perdido para siempre á Elena.

—¿No vienes á arrojarte en mis brazos? ¡Ven, hijo mio!

—No, dice Enrique rechazándole con horror, la sombra de mi madre, de vuestra víctima, se interpone entre los dos.

—¡Hijo mio! no me rechaces; honores, glo-

ria, riquezas, todo será para tí, pero dame el dulce nombre de padre.

—¡Nunca! ¡por qué me habeis descubierto este fatal secreto! Dejarme en mi oscuridad.

El capitán Bethune entra en aquel momento á anunciar al gobernador que el salón está lleno de convidados, y solo esperan su llegada para empezar la fiesta.

El salón de baile del palacio del gobernador, magníficamente adornado y con millares de luces, ofrece á los ojos del espectador la vista de un palacio encantado. Grupos de oficiales franceses y de señoras sicilianas recorren bulliciosamente con la alegría y la satisfacción pintada en el rostro todo su recinto. Enrique se pasea solo y melancólico, cubierto con un antifaz, por uno de los ángulos mas retirados del salón. Dos máscaras le siguen de cerca; una de ellas se adelanta, y tocándole ligeramente en el hombro, le dice:

—¡Enrique!

—¿Sois vos, Elena? dice Enrique temblando de placer.

—Yo y mis amigos que velamos por vos.

—Si, dice Prócida descubriéndose, y que esta noche esperamos vengarnos de nuestros enemigos. Tomad este lazo azul, es el signo de los conjurados, por él nos conoceréis y sereis reconocido, todo el que no lo lleve morirá.

Enrique se estremece, teme por la vida de su padre.

—Cubrios con el antifaz, Elena, Montfort se acerca; nos pueden reconocer; y al mismo tiempo Prócida coge del brazo á la duquesa y desaparece entre la confusión.

Montfort, separándose de un grupo de oficiales franceses, se acerca á Enrique.

—¿Estás contento, Enrique?

—Huid, un grave peligro amenaza vuestra existencia, le dice Enrique en voz baja.

—¡Y eres tú el que me lo dices, el que me avisas, el que quieres salvarme! ¡Al fin me reconoces por padre!

—No, jamás.

—Pues entonces me quedo.

—Huid, os lo suplico, todos los que no lleven esta señal deben ser asesinados en este sitio dentro de un momento.

—¡Y tú la llevas, esclama Montfort arrancándose la del pecho: esta señal de deshonra, un pecho leal y valiente no debe llevarla.

—Si, pero mi patria está ultrajada y deseo vengarla.

—Tu sangre es francesa.

—Es siciliana, dice Enrique con entusiasmo. Varios conjurados, á cuya cabeza iban Prócida y la duquesa Elena, se aproximan hacia donde están Montfort y Enrique.

—¡Huid! ya se acercan, dice Enrique empujando hacia la puerta á Montfort.

—Guy de Montfort, tirano de mi patria, tu última hora ha llegado, esclama Prócida desvainando un puñal.

Los demás conjurados le imitan, y ya van á descargar el golpe mortal sobre Montfort, cuando Enrique, interponiéndose entre los conjurados y su padre, esclama:

—¡Deteneos!

El amor filial ha triunfado del amor á la patria.

—¡Traición! exclamaron los conjurados.

—¡A mí, franceses! grita Montfort desvainando la espada, y mil espadas brillan sobre las cabezas de los conjurados.

Bien pronto se ven rodeados de soldados, Montfort da orden para que sean conducidos á las prisiones de la ciudadela. Al salir Elena lanzando una mirada de desprecio á Enrique, le dice:

—¡Te aborrezco, traidor!

—Escuchad, Elena.

—Nada escucho, que mi sangre y la de mis compañeros caiga sobre tu cabeza, y la maldición de mi patria.

Y sale conducida por los guardias. Enrique da un grito y cae desfallecido en los brazos de su padre.

IV.

En la planta baja de la ciudadela de Palermo, ha establecido Guy de Montfort las prisiones.

Una verja de hierro las separa del cuerpo de guardia. En los extremos de los corredores y á la puerta de la verja hay colocados centinelas que tienen la consigna de no dejar pasar á nadie. Un joven pálido y con el semblante desencajado se dirige hacia la verja.

—¡Atrás! no se puede pasar, grita el centinela.

—Vengo de parte del gobernador, dice el joven enseñando una orden.

El oficial de guardia reconoce la firma del gobernador y manda que entre.

—¿Queréis ver á la duquesa Elena? ahora vendrá: y sale seguido de varios carceleros para buscar á la duquesa.

—Voy á verla otra vez, no puedo desear de mi imaginación sus terribles palabras al ser conducida á esta prisión. ¡Te aborrezco, Enrique! ¡Elena! ¡Elena! ¡Te he perdido para siempre! y enjuga una lágrima que corría por sus mejillas.

Los pasos de los carceleros y de la duquesa Elena vienen á sacarle de su profunda meditación.

—¡Elena! dice Enrique dirigiéndose hacia la duquesa.

—¿Hasta el fondo de mi calabozo vienes á perseguirme, traidor? ¿vienes á gozarte en mi suplicio?

—Elena, perdóname por compasión.

—No, á un cobarde tal vez le perdonaría, pero á un traidor, jamás.

—¡Si supieras, Elena, cuán desgraciado soy!

—¿Qué disculpa tienes para tu traición?

—¡Era mi padre! ¡He salvado su vida!

—¡Tu padre! exclamó Elena admirada.

—Si, mi padre; momentos antes del baile me habia revelado este fatal secreto, pero yo no le he reconocido: él me ha dado la vida y yo he salvado la suya. ¿Me odias aun, Elena?

—No, Enrique, te admiro.

—¡Oh! me devuelves mi felicidad.

La verja de hierro gira sobre sus pesados goznes y aparece Prócida, que sin reparar en Enrique se acerca con precipitación á la duquesa.

—Señora, nos hemos salvado, un amigo fiel ha hecho llegar á mis manos una carta en que me dicen que un navio enviado por el rey don Pedro de Aragon, trae el oro y armas que necesitamos. ¡Y estoy preso! ¡Una hora de libertad para salvar á mi patria, Dios mio, y luego quitadme la vida!

—Contad conmigo, dice Enrique dirigiéndose hacia Prócida.

—Apártate, traidor, ve á reunirte con tus cómplices. Miralos.

En efecto, el gobernador, seguido del capitán Bethune, acaba de entrar en aquel momento.

—Capitán, dice el gobernador, que el verdugo esté pronto, mandad llamar un sacerdote tambien.

—Señor, el pueblo murmura...

—Colocad los soldados en la plaza, y que las mechas de las mosquetas estén encendidas, y á la menor señal, ya me entendeis...

—Sereis obedecido, dice el capitán saludando, y se dirige hacia la puerta.

—Vais á morir, dice el gobernador dirigiéndose á Elena y á Prócida.

Enrique se adelanta hacia el gobernador.

—Señor, permitidme morir con mis hermanos, concededme esa gracia y soy dichoso.

—Ya lo ois, dice Elena dirigiéndose á Prócida.

—Los traidores deben morir, pero nunca por su patria, contesta Prócida severamente.

Las verjas se abren de par en par, y se deja ver el verdugo con sus satélites.

—¡Vuestra última hora ha llegado! dice Guy de Montfort ¡marchad!

Un sacerdote se coloca al lado de los reos, el destemplado y ronco sonido de un tambor se deja oír, y la comitiva se pone en movimiento.

—¡Perdonadlos, señor! dice Enrique postrándose de rodillas delante del gobernador ¡no veis que si ella muere moriré yo tambien!

—No implores á los verdugos, dice Elena volviendo la cabeza.

—¡Perdonadlos, señor! repite Enrique apretando la mano del gobernador.

—¡Dame el dulce nombre de padre, y los perdono! exclama Montfort conmovido.

—¡No lo digas, Enrique, y déjanos morir! replicaba la duquesa.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Enrique en el colmo de la desesperación, ¡qué hacer!...

Ya van á desaparecer del patio, cuando Enrique, por un movimiento repentino, se arroja á los brazos de su padre exclamando:

—¡Padre mio! ¡el perdón!...

El gobernador manda que se suspenda la ejecución, aclamaciones de alegría resuenan por todas partes; el pueblo, que habia invadido el patio donde debia ejecutarse la sentencia, lanza gritos de júbilo y de entusiasmo. ¡Se ha salvado la duquesa Elena!

El gobernador abraza con efusión á su hijo, diciéndole:

—¡Cuánto la amas!

—¡Si, padre mio, mas que á mi vida!

—Pues bien, hoy voy á labrar tu felicidad. Duquesa Elena, hoy quiero reconciliar á la Sicilia con la Francia. Os pido vuestra mano para mi hijo Enrique.

Elena va á rehusar, pero Prócida, acercándose al oído, la dice:

—¡Aceptad, y la Sicilia se salva!...

—¿Aceptais, duquesa? pregunta el gobernador.

—Acepto.

—Soy feliz, esclama Enrique besando con frenesi la mano de la duquesa.

El gobernador coge las manos de la duquesa y de Enrique y las une.

—¡Os bendigo, sed felices!

Enrique y la duquesa caen de rodillas á sus pies.

—Esta noche en la capilla de mi palacio se celebrará vuestro matrimonio.

—Y esta noche, esclama Prócida alejándose, al toque de vísperas, la Sicilia será libre!...

V.

El jardín que conduce á la capilla del palacio está suntuosamente iluminado de vasos de colores; todo anuncia los preparativos de una gran fiesta. Se va á celebrar el matrimonio de la duquesa Elena con el hijo del gobernador, Enrique Montfort. Es la union de la Francia y de la Sicilia. El pueblo se entrega á la alegría, y los guardias franceses pasean de bracero con los sicilianos, las calles iluminadas de la ciudad. Solo la duquesa Elena, vestida ricamente con su traje de boda, pálido el semblante, ve con tristeza que se aproxima la hora de dar su mano á Enrique.

—¿Estais triste, Elena?

—Si, Enrique, nuestra union es imposible, os amo como á un hermano, pero nunca podreis ser mi esposo.

Prócida aparece en aquel momento por uno de los lados del jardín, y dirigiéndose á Elena la dice llena de alegría:

—A vuestra generosidad debe hoy la Sicilia su libertad.

—¿Pues qué ocurre?

—Voy á confíaroslo todo. Los franceses, embriagados con la fiesta de vuestro matrimonio, han dejado abandonados los principales puestos de la ciudad, nuestros compañeros están prontos. Cuando la campana de la capilla anuncie al pueblo que el sacerdote va á bendecir vuestra union, Sicilia será libre. ¡Quedad con Dios, señora, voy á ocupar mi puesto!

La duquesa Elena queda aterrada, confundida. La vida del que iba á ser su esposo está en peligro.

El gobernador, seguido de una brillante comitiva, se dirige, llevando de la mano á su hijo Enrique, á buscar á la duquesa Elena. Enrique al divisarla se separa de su padre, y besándola con ternura la mano, la dice:

—¿Elena, me amas? ¿consientes en nuestra union?

—Si, contesta Elena tartamudeando.

Entonces el gobernador se dirige á su comitiva.

—Señores, la fiesta va á empezar, capitán, mandad que la campana dé la señal.

La campana de la capilla hace oír su vibrante sonido.

—Es la señal de nuestra felicidad, Elena, dice Enrique subiendo los escalones de la capilla.

—¡Y la de la venganza! grita Prócida. ¡A mí, valientes sicilianos, que no quede uno con vida!

Y por todas partes grupos de sicilianos se arrojan violentamente sobre la comitiva del gobernador.

Enrique y Elena cubren con sus pechos al gobernador. Ya los conjurados van á retroceder, cuando Prócida les grita con voz terrible:

—¡Herid, herid sin miedo, francés ó siciliano, el cielo elegirá!

Montfort y Enrique caen bañados en su sangre. ¡La Sicilia era libre!

Este es el argumento de la célebre ópera de Scribe, que el gran compositor Verdi ha engalanado con los deliciosos acentos de su excelente música.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

UN DESPACHO TELEGRÁFICO FATAL

Un joven tenor, ajustado en el teatro de la ópera de Manheim, tenía el ídolo de su pasión amorosa en Strasburgo. Nada mas natural que, aprovechando la vía férrea recién abierta, hiciera, siempre que sus ocupaciones se lo permitían, alguna visita á su prometida. Últimamente recibió del empresario una licencia por algunos días con la condición de que el domingo inmediato debía regresar precisamente, por que iba á representarse una ópera en la que hacía suma falta; pero en el caso de que no se ejecutase por cualquier circunstancia, recibiría por el correo el oportuno aviso para que prolongase todavía, si gustaba, su permanencia en Strasburgo. Se pondría entonces en escena el *Don Carlos* de Schiller, y como no trabajaba en él, podría detenerse aun tres días mas.

El venturoso amante llega felizmente á Strasburgo, y al lado de su futura esposa gozó unos cuantos días de satisfacción y placer. Mas el deseado aviso de Manheim no llegaba, y he aquí que nuestro afligido artista, deseando cumplir con su deber, el sábado por la tarde se pone en camino, advirtiéndole que permanecería algunas horas en Weissenburg, con objeto de visitar varios parientes que tenía en aquella ciudad.

Apenas se había ausentado de Strasburgo, cuando llega una carta procedente de Manheim, dirigida á la casa de la entristecida novia. Esta, conjeturando el contenido, abre la carta, y ¡qué desgracia! Es el aviso de que la ópera en que debía trabajar su prometido, no se ponía en escena, que en su lugar se representaba el *Don Carlos*, pudiendo por consiguiente diferir por algunos días su regreso.

El disgusto de que la carta hubiese llegado algo tarde, no duró mucho; pues acordándose la joven de que su amante se había propuesto detenerse algunas horas en Weissenburg, sin decir absolutamente nada á su madre, acompañada de una hermana suya, corre presurosa á la oficina del telégrafo.

Con cierta turbación que ya se deja comprender, entrega un despacho para su trasmisión á Weissenburg (punto muy inmediato á la frontera francesa), tan lacónico que solo se reducía á lo siguiente:

«Don Carlos... ¡ven!»

Después que el dependiente del telégrafo se hizo cargo del despacho, se retiró nuestra joven, no sin haberse sonrojado un poco y palpitándole el corazón con alguna violencia.

Al cabo de una hora para un coche delante de la casa de su madre: un caballero muy elegante y bien portado desciende del vehículo, y manifiesta deseo de ver á la señora de la casa.

—Siento mucho, señora, el molestaros, dice con tono solemne, mas el bien de la Francia reclama que me deis contestación explícita á las preguntas que os voy á dirigir, en la inteligencia de que de lo contrario, os podreis preparar á responder ante una autoridad superior.

—No comprendo lo que me quereis decir, os suplico me deis explicaciones...

—Pronto, bien pronto, vendreis en conocimiento de mi visita. No ignorareis que, hace algunos días, ha estallado en Madrid una revolución que ha arrojado á Espartero del poder.

—¡Ciertamente! lo hemos leído en todos los periódicos.

—Sabeis aun mas de lo consignado en los periódicos: conoceis perfectamente los planes de los carlistas...

—¡Yo!... ¡qué ocurrencia!

—No sirve mentir, señora. Tenemos noticias positivas de que manteneis correspondencia con los carlistas que se hallan ocultos en nuestra frontera, por ejemplo, en... Weissenburg, dijo el desconocido con la penetrante mirada que solo es propia de la policía.

La señora interrogada mira al delegado con extraordinario asombro, y sin poder articular una sola palabra.

—¿Callais?... hasta se os supone perfectamente enterada de que don Carlos, aprovechando los nuevos disturbios de España, piensa dirigirse á ella. Os prevengo que solo descubriendo y confesando todo minuciosamente, sin rodeos ni subterfugios, evitareis que se os conduzca á la cárcel.

La pobre señora pierde toda su paciencia: pide satisfacción, reclama que el agente de policía abandone inmediatamente su casa. Este, sin arredrarse en lo mas mínimo, saca un pliego y replica:

—¿Creeis que no tenemos en nuestro poder testimonios fehacientes? Hélos aquí. Una hora ha que depositó vuestra hija en la oficina del telégrafo eléctrico este despacho, dirigido á Weissenburg.

La asustada madre casi perdió el sentido, viendo aquel papel firmado por su hija, en que estaban estampadas las enigmáticas palabras:

Don Carlos, ven.

Temblando llama la madre á sus dos hijas. Nuevo interrogatorio, nuevo asombro, nueva excitación.

Pero estas, al ver el *Corpus delicti*, soltaron la carcajada con notable asombro de la madre y del agente. Pocas palabras y la carta del empresario del teatro de Manheim, bastaron para recorrer el velo misterioso del singular despacho telegráfico; sin embargo, aun así aquel funcionario cree que todavía no puede dar por terminado este asunto, cuando he aquí que otro carruaje hace alto á la puerta de la casa. El feliz tenor entra en la sala, y la joven, volando á sus brazos, le presenta en seguida al agente de policía, diciéndole:

—¡Aquí, aquí teneis á mi don Carlos!... Parece que ignorais que en Alemania hay otro don Carlos, el don Carlos de Schiller, que vivirá eternamente entre sus compatriotas.

Nuevas y aun mas estrepitosas risas. El agente de policía, que acaso había ya soñado con la recompensa que le valdria su descubrimiento, se retiró corrido de vergüenza y pidiendo mil perdones. Cuando las dos hermanas vieron entrar al agente en el carruaje, observaron que se hallaba dentro el prefecto de Strasburgo, y que las inmediaciones de la casa y las esquinas de las calles inmediatas estaban guarnecidas de parejas de gendarmes disfrazados.

EL BARCO DE VAPOR.

¡Qué cosa mas maravillosa es un barco de vapor! Si alguno se hubiera atrevido hace cincuenta años á hablarnos de un buque siguiendo su curso á pesar de los contrarios vientos, sin mas socorro que el vapor, nos hubiera parecido muy ridículo. Cuando Fulton hizo el ensayo de su primer buque de vapor sobre el río Hudson en el norte de la América, las personas reunidas en derredor suyo aguardaban la mayor parte verle salir mal en la prueba: parecían reírse y burlarse de aquella absurda invención; pero sus burlas y sus chanzas cedieron el lugar al mayor asombro á la vista de aquel buque que se lanzaba adelante cual si estuviese lleno de vida y de movimiento. El primer buque de vapor que se dirigió hacia las Indias, fué visto de lejos por la tripulación de un buque español cerca de Trinidad: al verlo marchar contra el viento vomitando humo y fuego, sin mas que un solo hombre sobre cubierta, creyó reconocer la obra de

un espíritu maligno, y la tripulación, llena de terror, se dirigió á la orilla y se escapó por los bosques.

Los buques de vapor habían ya navegado largo tiempo sobre los ríos de la Inglaterra y de la América, y no se atrevían, sin embargo, á arriesgarse á atravesar el Océano, valiéndose de los mismos medios. Creíase que la profundidad de las olas impediría á las paletas golpear con regularidad el agua, y que además la fuerza del viento, soplando sobre los costados del buque, lo dominaría de modo que mantendría una de sus ruedas fuera del agua. Pero se ha ensayado últimamente hacer marchar grandes buques de vapor para ir desde Inglaterra á América, y la experiencia ha triunfado de todas las dificultades á pesar del furor de los vientos y de las olas. Poco á poco se construyeron otros buques mucho mas grandes, conocidos por los nombres de *La Reina Británica* y *El Presidente*. Estos magníficos buques tenían cerca de trescientos pies de eslora. La fuerza de las máquinas que los hacía mover, igualaba á la de quinientos caballos. *La Reina Británica* prosigue todavía sus viajes, pero *El Presidente* se perdió desgraciadamente al volver de América. Largo tiempo y con la mayor ansiedad se aguardó á los que debían volver en él, pues llevaba cuatro mil pasajeros. ¡Ay, no han vuelto jamás! Se ha concluido por saber que la tripulación y todos los pasajeros habían perecido. Tal vez reventó la caldera y lo redujo á polvo en un momento; tal vez acometido por la tempestad y por la fuerza de las olas, se habrá partido y perdido en la profundidad de las aguas.

Entre las gentes habituadas á andar en los barcos de vapor, hay muchas que no se explican claramente cómo el vapor da movimiento y vida á un buque. ¿No han notado nuestros lectores el vapor del agua caliente escaparse del pico de la tetera que lo encierra? Tal es el poder que hace obrar al buque. Se le aplica así: se llena una gran caldera de agua, se la calienta; el vapor se introduce por una de las puntas del cilindro, que es un ancho conducto en el que se encuentra el piston, especie de portezuela que se levanta y se baja dentro del mismo cilindro. Supongan nuestros lectores que el piston llega á la punta, por la que penetra el vapor: su fuerza irresistible lo arroja inmediatamente al lado opuesto; pero en ese caso se abre un agujerillo al lado del cilindro, por el que se escapa el vapor. En el mismo instante se lanza el vapor de la caldera al través de otro conducto á la otra punta del cilindro, y rechaza el piston hacia el punto donde se hallaba primero: este vapor se escapa por otro agujero ó válvula, y penetra de nuevo en la primera punta. El vapor, viniendo así alternativamente dentro del cilindro á cada extremo, lleva el piston continuamente hacia adelante y hacia atrás. Se añade al piston una barra de hierro que va á una de las estremidades del cilindro, de manera que se mueve libremente, aunque ajustada perfectamente y encerrada. Aquella barra participa, pues, del movimiento del piston, y se lanza sin cesar, ya adelante, ya atrás. Empero ¿como este movimiento si se verifica recto hacia adelante, puede dar vueltas alrededor de las paletas de la rueda? Nuestros lectores habrán sin duda examinado muchas veces á los afiladores de cuchillos que recorren las calles: ponen el pie sobre el estribo y le hacen mover igualmente por la presión; pero está unido á la grande rueda por una barra de hierro que la hace mover, dando vueltas en una dirección y de una manera muy curiosa. Lo mismo sucede con la barra del piston, que se mueve alrededor de una gran rueda que se llama volante, y remueve al mismo tiempo la gran rueda de cada lado, que es la que contiene las paletas. Estas paletas son planchas unidas á la orilla de la rueda, que azotando el agua al dar vueltas arrastra el buque.

No lo hemos indicado todo, pero esto debe bastar para dar una idea bastante curiosa de las cosas principales.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.